

Memoria de cenizas

Eva Díaz Pérez

Memoria de cenizas

Con prólogo de Félix de Azúa

el paseo, 2020

© Eva Díaz Pérez, 2005-2020
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2020

www.elpaseoeditorial.com
Colección NARRATIVA | {OPERA PRIMA}

1ª edición en El Paseo: octubre de 2020

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, s. c. a.
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-121408-4-2
DEPÓSITO LEGAL: SE-1735-2020
CÓDIGO THEMA: FV

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

PRÓLOGO. Cenizas con sentido, por FÉLIX DE AZÚA	IX
---	----

Memoria de cenizas

PRIMERA PARTE

Capítulo I. La carta	7
Capítulo II. Los almarjos	15
Capítulo III. El arriero	23
Capítulo IV. Libros y orines	31
Capítulo V. Las dudas	41
Capítulo VI. El encuentro	49
Capítulo VII. Elogio de Erasmo	61

SEGUNDA PARTE

Capítulo VIII. La Ciudad de los Altares	75
Capítulo IX. La ira del Guadalquivir	89
Capítulo X. La Piedra de la Locura	103
Capítulo XI. La visita de los Jerónimos	119
Capítulo XII. La Plata de las Indias	131
Capítulo XIII. El Maestro de los Cipreses	143

TERCERA PARTE

Capítulo XIV. Los Aires Violetas	159
Capítulo XV. Las alas muertas	167

Capítulo XVI. Las entrañas de la ciudad	177
Capítulo XVII. Noches de destierro	185

CUARTA PARTE

Capítulo XVIII. La Casa de los Demonios	201
Capítulo XIX. Muerte de un sabio	205
Capítulo XX. El sueño de las ratas	211
Capítulo XXI. El aroma de los lutos	219

QUINTA PARTE

Capítulo XXII. La hora de las corozas	231
Capítulo XXIII. Las almas perdidas	239

SEXTA PARTE

Capítulo XXIV. El secreto	251
Capítulo XXV. La Biblia del Oso	255

Epílogo	261
Glosario de personajes	267
Cronología histórica	277
Bibliografía básica	279

Prólogo. Cenizas con sentido

CUALQUIERA QUE HAYA entrado, aunque sea someramente, en la vida de Casiodoro de Reina se queda perplejo. ¿Cómo es posible que semejante personaje, un verdadero héroe, real y carnal, haya sido tan olvidado por los historiadores? ¿Como si contáramos con tantas vidas ejemplares en la historia de España! Y la de Casiodoro es de extremada y sublime ejemplaridad. No sólo es un hombre valiente, sino un intelectual con unos principios incorruptibles, dedicado hasta la extenuación en una tarea difícilísima y por completo necesaria: poner los libros de la Biblia al alcance de los lectores españoles en un castellano digno de Cervantes. Una lectura, la de la Biblia, que había sido prohibida por la Iglesia católica durante siglos y a la que sólo se podía acceder guiados de la mano ideológica de un sacerdote garantizado por la jerarquía. El célebre «*Nihil obstat*» fue, para Reina, todo lo contrario, no un permiso de lectura, sino una prohibición infame, una cadena insoportable cuando se aplicaba a la palabra de Dios, pues eso y no otra cosa eran las Sagradas Escrituras para los creyentes luteranos, reformados o simplemente erasmistas. Dios hablaba a los humanos desde las páginas de las Escrituras y los intermediarios sólo tenían como misión pervertir el texto.

Poquísimas son las biografías de Reina, pueden contarse con los dedos de una mano. También son escasísimos los estudios. Es como si la Inquisición de Felipe II hubiera ganado la batalla y sepultado en

el más oscuro olvido, no ya a Reina, sino también a su maravillosa traducción, la conocida como *Biblia del Oso*, traducción escrita en una lengua que tiene la altura, la grandeza literaria del *Quijote*. Por fortuna, parece ser que está en marcha una reedición de la única que aún era posible encontrar, la de Alfaguara de hace medio siglo.

Si extraño era no poder leer en español la mejor traducción de la Biblia con diferencia, más aún que a nadie le hubiera tentado narrar la peripecia increíble de Casiodoro de Reina de ciudad en ciudad por toda Europa, huyendo de los asesinos a sueldo, de la pira humana de los inquisidores donde ardieron cincuenta de sus compañeros sevillanos, pero también de los jefes calvinistas, hugonotes y luteranos, no menos intolerantes que los católicos de la Reforma. La vida de Casiodoro es una película de aventuras y también una novela como la que ha escrito Eva Díaz Pérez y que tenemos la agradable tarea de presentar.

No se limita la autora a contar las peripecias del fugitivo, con ser éstas apasionantes, sino que aprovecha el escenario para describir con verdadero arte literario la vida de Sevilla en el siglo XVI y en sus múltiples estratos, desde la nobleza hasta la delincuencia. Vida precaria para muchos, fastuosa para unos pocos, frágil para todos ellos como muestran las espléndidas páginas que describen un desbordamiento del Guadalquivir en verdad escalofriante. Hay un talento gótico en Eva Díaz Pérez que se podrá comprobar en la terrorífica escena de la huida por las cloacas sevillanas, no por pavorosa menos documentada y verdadera. Sólo me viene a la memoria otra biografía novelada de un personaje español que se le pueda comparar, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, de Ramón Sender. La gran diferencia es que Sender eligió un hombre malvado, cruel y desequilibrado, en tanto que Eva Díaz Pérez ha preferido un héroe justo, generoso y de grandísimo talento.

Tuvo mucho que esperar Casiodoro de Reina para que un lector común pudiera acceder a su ejemplar sacrificio, a su heroica tarea intelectual, sin ser un clérigo o un erudito experto en bibliotecas infrecuentes, pero ha merecido la pena. Esta novela debería leerla todo el mundo, no como una ficción de honrada fantasía, sino como

Memoria de cenizas

*A Agustín, Manoli y Sandra por ser y por estar.
Y a Lombilla por ser un heterodoxo.*

«Y la luz en las tinieblas resplandece,
mas las tinieblas no la comprendieron.»

Juan 1:1-11
Biblia del Oso,
CASIODORO DE REINA,
Basilea, 1569.

Capítulo I. La carta

Fráncfort, año de 1564

Y subieron a la anchura de la tierra, y cercaron el campo de los santos y la ciudad amada, y descendió fuego del cielo, y los consumió... (*Apocalipsis*)

CASIODORO DE REINA dejó de escribir al sentir un terrible escalofrío que le recorría la espalda y un fuego en la garganta que amenazaba con consumirle las entrañas. Arrojó con rabia la pluma y durante un rato cerró los ojos e intentó no pensar en nada, llenar su mente con las brumas negras del olvido. Pero volvían a aparecer una y otra vez las llamas, el fuego devorando carnes, consumiendo almas. Ante él flotaban como en un mar nauseabundo palabras que hablaban de hogueras, frases que danzaban en un juego macabro y que lo anegaban en pensamientos de horror. El libro de los Siete Sellos, la Bestia saliendo del mar, los ángeles exterminadores... el horrible relato de san Juan en la isla de Patmos.

Apartó con furia los papeles. Vio cómo los libros caían al suelo derramando la tinta en algunos legajos, convirtiendo en un garabato ilegible las últimas frases traducidas. No le importó. Prefería dejar de ver el fuego destructor, borrar esos malditos recuerdos. Pero en el fondo sabía que nunca podría hacerlo, a pesar de que habían pasado cinco años... cinco largos años. A veces, en sus sueños sentía el olor de los campos que rodeaban el monasterio, junto a las ruinas de Sevilla la Vieja en las lejanas tierras del Reino de España. La memoria le jugaba malas pasadas porque se colaba en el océano

incierto de sus pesadillas el aroma del río Guadalquivir, de los libros en la inmensa biblioteca que, probablemente, también habría sido quemada. Al despertar de aquellos sueños, acudía raudo a abrir la ventana para respirar el aire frío y seco de Fráncfort y olvidar. . .

Olvidar aquel lugar maldito, aquel monasterio de San Isidoro del Campo en el que decenas de monjes habían padecido el martirio de la hoguera tras ser acusados de herejía. Casiodoro de Reina, junto a otros frailes del cenobio, había logrado huir pasando mil penalidades hasta llegar a tierras seguras. Ahora podía mirarse las manos, ya callosas y arrugadas, pero vivas; manos por las que corría la sangre y con las que había podido seguir escribiendo y sintiendo cada mañana el aire reparador de la vida. Pero ¿cuántos murieron devorados por las hogueras?, ¿cuántos compañeros eran ahora olvido, polvo, nada?

Él había escapado, había corrido sin descanso, oculto y amparado en el secreto de las noches y los caminos. Sin embargo, tampoco estos años habían sido tranquilos. Ningún hombre sabio está seguro en estos tiempos de fanatismo e intolerancia, pensaba. Ginebra, Londres, Amberes, Orleans habían sido algunas de sus patrias de exilio, posibles tierras prestadas para albergar su tumba definitiva. Y ahora, en el refugio seguro de su casa en Fráncfort, contemplaba las plazas llenas de gente ruidosa, que voceaba en los mercados, que corría para guarecerse de las lluvias del azar, que a veces miraba a su ventana para contemplar al ministro calvinista que tantas horas pasaba leyendo y escribiendo libros.

Pero la calma pacífica de Fráncfort era pura apariencia. Casiodoro temía las intrigas de sus nuevos hermanos de religión, los calvinistas, y las sombras alargadas y pavorosas del reino de Felipe II, que tenía dispersos por los caminos de Ginebra, Colonia, Fráncfort, Milán o Venecia a espías de aquella Inquisición que llamaban Santa. Toda Europa era un terror. Volvió a mirar los libros destripados sobre el suelo y recordó el discurso que Andrés Laguna, el médico y humanista español acosado también por el terror de los tiempos, había pronunciado en la Universidad de Colonia recuperando la expresión de Terencio: Europa que se atormenta a sí

misma. Y meditaba sobre una Europa llena de ejércitos en los que las banderas no se diferenciaran más que en el color de la cruz.

Suspiró profundamente, sintiendo aún la llaga de la memoria, y recogió los libros y legajos con cuidado. Ahora lamentaba haberlos arrojado con rabia. Notó un intenso dolor en la espalda. Sus huesos pedían ya el definitivo descanso. Pero todavía le quedaba mucho por hacer. No podía desfallecer y dejar la obra incompleta. Hubiera sido una traición a sus hermanos del monasterio, a su memoria de cenizas. En este año de 1564 casi había concluido el trabajo que le obsesionó durante toda su vida, un proyecto condenado por la Iglesia de Roma: la traducción al castellano de la Biblia. Desde muy joven, trabajó en esa obra para permitir a todos el acceso a las Sagradas Escrituras, a la palabra de Dios sin intermediarios.

En los años en el monasterio de San Isidoro había visitado con algunos de sus hermanos el *infiernillo*, aquel cuarto oscuro detrás de la biblioteca en el que se guardaban los libros prohibidos y desde el que habían decidido emprender la osada obra. Y recordaba a sus hermanos Cipriano de Valera y Antonio del Corro. Cuántas reprimendas se llevaron del prior por descuidar sus ocupaciones y pasar horas enteras escrutando páginas heréticas. Antonio del Corro argumentaba que para refutar a los herejes había que leerlos y que por examinar sus obras no caía en ningún pecado. Y tenía razón, ¿por qué había de ser mala la curiosidad y el amor por los libros?

Del Corro, que era natural de Sevilla y el más docto hombre que conociera, tenía pasión por los libros y el conocimiento de las Escrituras. Casiodoro aún podía recordar sus historias de mitologías paganas que le servían para bromear con los otros monjes, aquellos que todavía vivían la religión como una superstición, con el lastre de los escolásticos medievales, y no como el goce espiritual que reinaba en los nuevos tiempos. Y ahora, en las brumas convulsas de su memoria, se le aparecía de forma nítida la figura de su querido hermano. Surgió su imagen de hombre de unos treinta y cuatro años, largo de talla y robusto de espaldas, el cabello de un castaño oscuro que hacía contraste con unos ojos de un extraño color que a veces eran de un azul muy claro y otras de un verde con tierra de siena y

que parecían el matiz con que en ciertas tardes tornábanse las aguas del río Guadalquivir. Hasta en esto era sorprendente Antonio del Corro.

Él y Cipriano de Valera, también osado y siempre polémico, fueron los primeros que le enseñaron a reflexionar, a pensar libremente y a cuestionar las verdades.

Casiodoro de Reina reanudó su lectura sin que pudiera olvidar los rostros de sus amigos. Aparecían en cada una de las palabras escritas, cada vez que traducía algún término, como si estuvieran presentes también en la gran obra. Cuando comenzaron las persecuciones de la Inquisición, Antonio del Corro y Cipriano de Valera también recorrieron una Europa convulsa y ahora ejercían enseñanzas como ministros calvinistas en una Francia que tampoco había acogido con buenos ojos a los herejes españoles.

Después de escapar del Santo Oficio, Casiodoro de Reina, como los demás, no había conocido sosiego. De Ginebra se había trasladado a Londres, refugio seguro de los exiliados españoles, pero también de allí había huido tras ser acusado de supuestos delitos infames: apropiación de bienes, deshonestidad, conducta indiscreta con ciertas mujeres y hasta sodomía. Después, se demostró que eran falsas, sólo excusas para condenar a quien se había atrevido a plantear argumentos que cuestionaban la ortodoxia calvinista. Era peligroso leer obras prohibidas. En esto no se diferenciaba ninguna de las Iglesias.

Casiodoro estaba cansado. Las descripciones del Apocalipsis, la terrible destrucción de Babilonia, los fuegos haciendo temblar sus cimientos, el humo que ahogaba a los insensatos condenados le recordaban los abismos negrísimos de su pasado. Él había conocido también aquella nueva Babilonia, la ciudad llena de oro y plata, de soberbia y de casas de gula y de lujuria que los romanos llamaron Híspalis y que ahora era el templo de arribistas y de nobles ociosos e ignorantes.

Sevilla... qué lejanos quedaban ahora sus aromas de ámbar, la putridez de su río, el olor de sus faltriqueras, el légamo infame de las mancebías, el brillo de sus aguas llenas de navíos cargados de plata

de las Indias. En verdad era la nueva Babilonia, peor que la Roma de los anticristos, de los papas. Sí, era peor. Ciudad cargada de pecados, de falsos predicadores, de hijos de Satanás. Y recordaba Casiodoro a los que vivían en el castillo de San Jorge y que se llamaban a sí mismos defensores de la fe e inquisidores. ¡Cómo acabaron con todos! Murieron buscando la verdad primitiva, la voz de Dios en las Sagradas Escrituras, sin las mentiras que Roma había inventado durante tantos siglos.

Siguió escribiendo. Sudaba. No podía apartar la pesadilla de sus pensamientos porque le herían las dudas del desconcierto. Nunca supo muy bien cómo terminó todo sino por cartas e historias de viajeros. El horror sucedió tras su huida. Por eso ya no podía dilucidar lo que había escuchado, leído, imaginado o temido en el aire viscoso de los sueños. La memoria siempre volvía a traicionarle y se le aparecían en el crepúsculo de unos ojos que empezaban a nublarse las imágenes de sus compañeros de religión. El docto Juan Gil, canónigo magistral de Sevilla al que llamaban *doctor Egidio*; Constantino de la Fuente, que tan terrible destino tuviera; el noble Juan Ponce de León, con su valentía tristemente castigada; las buenas partes de Cristóbal Losada, médico de cuerpos y almas; y la dulce y cultísima María de Bohórquez, aquella joven que los sorprendía a todos con sus conocimientos sobre el latín, el hebreo y las Sagradas Escrituras.

Con la respiración algo entrecortada, se levantó para coger un libro muy antiguo que guardaba en su biblioteca, aquel tesoro que había conseguido reunir después de tantos viajes huyendo de la muerte. El volumen era una de las traducciones que Juan Pérez de la Pineda había hecho de los Evangelios, un ejemplar ya antiguo en el que se adivinaban mil historias por lo maltrecho de sus cubiertas y el desgaste de sus páginas. Olía a polvo, a humedad, a pelos de ratones, a aires rancios. Entre las páginas había una carta doblada con temor, pliegues indecisos, las esquinas rotas y las letras casi diluidas. Era de su buen amigo Antonio del Corro. Casiodoro había querido olvidarla muchas veces, pero era imposible. Cada día, en la hora más trágica de la jornada, la leía una y otra vez, como si no

podiera resistir el dolor de una pesadilla eterna. Estaba escrita después de acaecidos los terribles sucesos y en ella se relataba la muerte de sus compañeros en la hoguera.

... llegaron hasta el prado que llaman del quemadero, de infausta memoria para tantos. Quienes me relataron lo ocurrido decían que iban muchos llorando y gritando con un terror inhumano. Fue peor cuando vieron aquellos palos del brasero y cómo se preparaba la leña para quemarlos. Había una costilla olvidada y una trenza de cabello muy negro de relajados anteriores, pues no paraba de matar ese infierno inventado por los demonios bautizados...

Tuvo que sentarse para seguir leyendo, quizás para apaciguar las iras de sus propios fantasmas. Vivía desde la lejanía del tiempo la narración de la que podría haber sido su propia muerte...

... Fue el suplicio largo. Hasta el atardecer. Qué terroríficas son las llamas, cómo acaban con el ser, con la vida, con las almas, que parece que se escapan de esas celdas de fuego que se retuercen. Tengo que decirlo, amigo, que todos murieron a bien con Dios Nuestro Señor. No se retractaron porque sabían que irían junto a Él. Esto los reconfortó. Así me lo contaron. No quedó nada de su vida, que quisieron echar tierra y sal para que no volviera a brotar nada. Así es la memoria de los malditos de esta tierra...

Volvió a suspirar con gran amargura y se asomó a la ventana. Era un frío día de noviembre y todo estaba tranquilo en la ciudad de Fráncfort, su nueva patria. Qué lejos quedaba aquella Sevilla llena de infiernos de la nueva Babilonia.